

tro tiempo en una especulación intelectual sobre cuestiones fundamentales realizadas tanto desde la opinión como desde el conocimiento.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN

LANNOY, J. C.: *Nietzsche ou l'histoire d'un égocentrisme athée*. Ed. Desclée de Brouwer, París, 1952; 398 págs.

La figura de Nietzsche —no superada por ningún filósofo decimonónico— es objeto de estudio por el autor de este libro. En Nietzsche —filósofo y poeta— la religión constituye el problema crucial de su vida. Vida y pensamiento forman un todo indisoluble. Por eso Lannoy está convencido de que el ateísmo del filósofo alemán procede de su egocentrismo. Demostrar esta tesis es la finalidad de su obra, y nada mejor para ello —nos confiesa el autor— que aclarar la compleja personalidad del filósofo alemán. Una abundantísima bibliografía avalora el propósito. Trátase, en suma, de una tesis doctoral presentada ante el Instituto Superior de Filosofía, de la Universidad de Lovaina.

En cuatro partes divide la vida y la obra de Federico Nietzsche: génesis de su pesimismo estético y primera ideología; positivismo intelectualista; positivismo antiintelectualista y anticristianismo.

La personalidad de Nietzsche es interpretada a través de los acontecimientos exteriores de su vida. ¿Acaso el propio Federico no declaró que toda filosofía está en íntima conexión con el filósofo? He aquí la razón de que la obra de Lannoy ofrezca en gran parte el carácter de una biografía, lo que, lejos de entorpecer la tesis del autor, proporciona a su obra cierta amenidad de lectura.

Lannoy pinta el retraimiento de Nietzsche en su juventud, sus tendencias a la vida solitaria, su naturaleza soberbia, su pasión por la ciencia, su pesimismo deprimente, su romanticismo, su sensualidad... trazos que configuran el carácter del filósofo y su temperamento. Y tras de esto se refiere a su vida universitaria de Bonn. La lectura de *La vida de Jesús*, de Strauss, no respondió a ciertas cuestiones filosóficas y religiosas que le preocupaban. La fe —pensaba Federico— no encierra garantía alguna de objetividad.

Otra etapa universitaria transcurre en Leipzig. Un solo pensamiento embarga entonces al filósofo: vivir la vida que le convenza. Descubre la filosofía de Schopenhauer y la identifica con la ideología de su incipiente ateísmo (cuyo denominador común lo encuentra Lannoy en su humanismo ateo), para concluir que, al igual que en Feuerbach y en Marx, su ateísmo resulta ser un intento de rehabilitación del valor natural del hombre y de emancipación de éste frente a Dios; pero como nuestra existencia —afirma Lannoy— depende de El y fuera del Ser por excelencia no existe sino la nada, de ahí que la vida y la obra de Nietzsche constituyan un total fracaso.

No cabe duda que son discutibles muchas de las afirmaciones que

sienta el autor a lo largo de esta obra y también es discutible la clasificación que de la vida y doctrina del filósofo alemán realiza; es más, el lector echará de menos una sistematización más profunda de las ideas y de los trazos que determinan su evolución; pero es cierto que la tesis mantenida por Lannoy aporta un punto de vista francamente aprovechable a un estudio total de la figura de Nietzsche.

ISMAEL PEIDRÓ PASTOR

LEPP, Ignace: *La Philosophie chrétienne de l'existence*. Editions Montaigne, Aubier-París, 1953; 186 págs.

Es propósito del autor, al desarrollar esta obra, dar a conocer a sus lectores una idea tan exacta como posible del método fenomenológico, del cual se sirven todos los existencialistas, ya sean ateos o cristianos. Interesa aquí la filosofía cristiana del hombre, mas no el existencialismo, cuya palabra, por el sufijo *ismo*, parece inducir a un sistema de posiciones doctrinales, decididas. El autor pretende con su obra lograr una síntesis tan completa como posible de la filosofía cristiana de la existencia.

Para construirla distingue fundamentalmente la filosofía oriental de la occidental. La primera es de raíz netamente religiosa, más cercana al yo, más concedora de lo psicológico. La segunda es más concedora del mundo físico y exterior. Cree encontrar en este carácter la raíz de nuestra civilización, tan inhumana y materialista.

No es que no haya habido pensadores idealistas en nuestra filosofía de todos los tiempos: pero es lo cierto que el idealismo se ha opuesto al materialismo en todos ellos. La superación de uno y de otro la representa la obra de Kierkegaard, aunque éste no se propusiese la elaboración de un nuevo sistema filosófico. Seguirán después Martin Heidegger, para quien la existencia humana es el estado de una absoluta *derelictio*. En Francia, Andrés Malraux verá la existencia humana como una inmensa tragedia. Pero es Jean-Paul Sartre quien, con gran fuerza dialéctica, sirviéndose hábilmente del análisis fenomenológico y psicoanalítico y de las ideas de Heidegger, ha analizado el comportamiento humano y los diversos fenómenos de la conciencia.

La existencia es algo radicalmente distinto del ser-cosa, y no se opone a la esencia. Hay en ella un modo permanente que por encima de la multiplicidad reduce todos los fenómenos a la unidad. La existencia —piensa Lepp—, precisamente porque no es una, ni armoniosa, sino múltiple y desgarrada, no puede ser objeto de definición, ni de conocimiento científico.

El análisis fenomenológico más riguroso nos advierte que el plano fundamental del hombre es la realización de su propósito. Su desarrollo existencial, como algo definitivo, sino como un momento de la dialéctica existencial, capaz de ser seguido por un momento mejor.